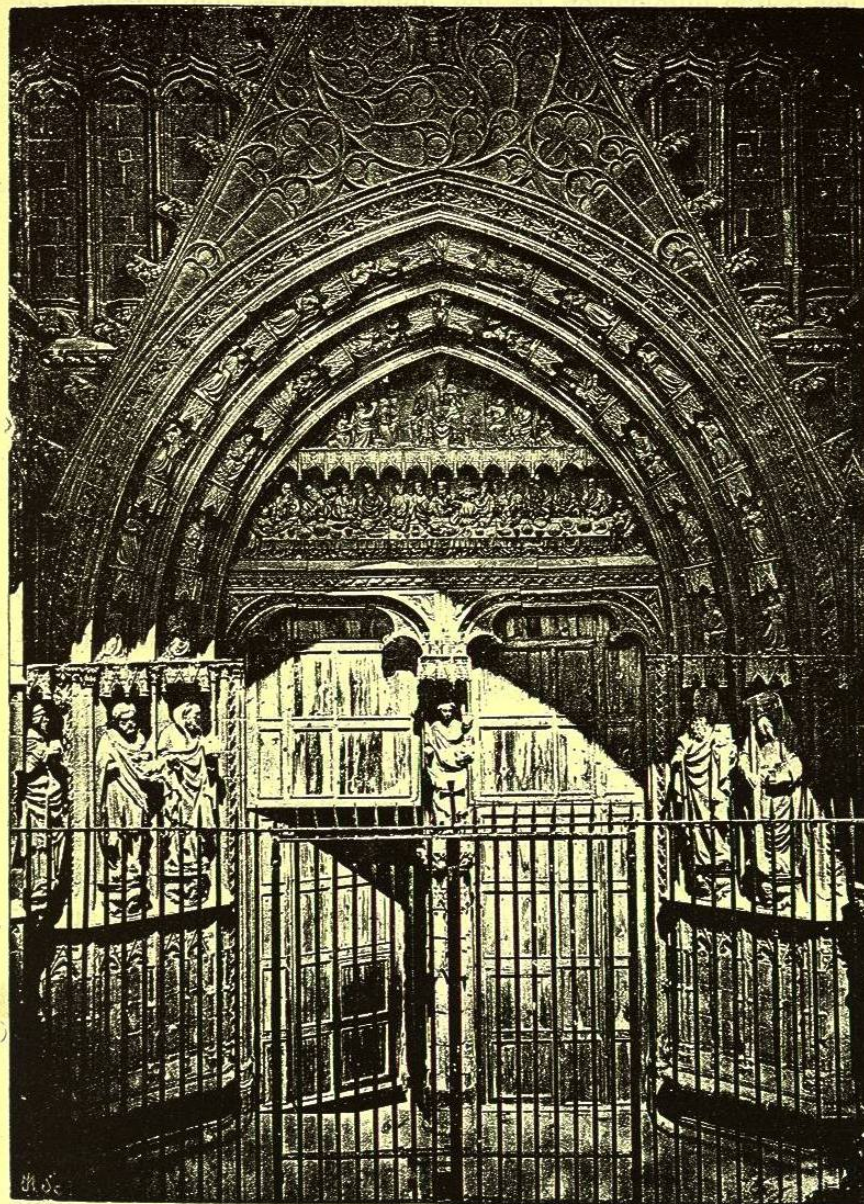


gótico de Mallorca, tan ricos y bellos, que sólo una copia puede dar una idea de su forma. Ellos á su vez sirven de peanas á los nichos del tercero, los cuales rematan en unos trabajados arcos piramidales. Estos tres cuerpos en los ángulos forman machones, que apean la bóveda. También el cuarto y el quinto constan de nichos con buenas repisas y con remates puntiagudos, tal vez más elegantes que los del tercero. Mas los nichos no tienen estatuas; y pues así despojados de su principal adorno entapizan aquellas paredes como una preciosa tela de encaje, no se puede bastantemente ponderar el efecto que producirían semejando otras tantas galerías, si las místicas imágenes ocultasen los únicos trozos que quedan desnudos, y con la expresión de las testas y pureza y gracia de los ropajes interrumpiesen y variasen aquellas líneas de ornatos, sobre los cuales ellas se destacarían como sobre un fondo digno de su santidad y hermosura. No pretendemos que se labren: ya que la mano del artista cristiano no completó su obra, mejor están así vacíos los nichos, que afeados con las imágenes con que tal vez los hubiera llenado la *gentílica* escuela de estos tiempos.

Al fondo de esta magnífica lonja aparece la puerta, superior en su forma y en el interés de los detalles á las esculturas que adornan lo demás. A entrambos lados tiene los dos primeros cuerpos ya descritos; pero afortunadamente los nichos del segundo ostentan estatuas de apóstoles de un estilo puro y elevado. Una faja de hojas guarnece el arquivolto exterior, y lo restante del intrados de la arcada forma dos divisiones ó plafondos separados por elegantes molduras. Ocupan el primero pequeñas figuras de ángeles sobre peanas ricamente afilegradas y dispuestas de manera que son á un tiempo tabernáculo ó doselete de una imagen y repisa de otra. Todos tañen instrumentos; y sus bellos rostros respiran una dulzura y serenidad, que al parecer están diciendo cuán dulce es la celeste armonía de sus salterios, violas y organillos. Si no supiéramos por propio examen cuánta delicadeza y expresión alcanzaron los santos



PALMA. — CATEDRAL: PUERTA DEL MIRADOR

y modestos pintores, que en el silencio del claustro servían á Dios con la iluminación de los libros corales, difícilmente podríamos explicarnos la delicadeza y expresión que campean en estos ángeles, que bien merecieran apellidarse miniaturas de la estatuaria. Con igual disposición en los doseletes, llenan el otro plafondo figuras de profetas, dignas rivales de aquellos en bondad de ejecución y de notable carácter. Sobre la arcada se arroja ligerísimo y alto un ángulo ó frontón erizado de hojas excelentes y rematando en un gran florón que forman algunas de ellas; dentro de él tiéndese un precioso arabesco, si de tal puede calificarse aquella combinación de relieves góticos; y en el centro vese la efigie del Redentor, tan acabada y tan profundamente bella, que enciende devoto entusiasmo en el corazón del artista. A los lados del ángulo ó frontón hay unos nichos semejantes á los descritos, y cierra la obra una cornisa compuesta de una línea de hojas y de una baranda calada.

El ingreso tiene dos puertas orladas de un buen follaje; y las divide la imagen de la Virgen (a), sobre un pedestal delicadamente esculpido y debajo de un doselete. Hasta el dintel, grueso y macizo, no desdice de la gracia del todo, y aparenta consistir en una sola faja ligerísima; pues la curva de las puertas, cincelada de follaje, se lleva la mayor parte de su masa. En el espacio que queda entre él y la arcada, que en gracia de la claridad deseáramos denominar tímpano, en dos comparticiones el escultor dejó el más brillante testimonio del atrevimiento y ligereza de su cincel. En la inferior vese de gran relieve la representación de la Cena: los manteles caen con gracia, y sin tocar al suelo dejan entrever las túnicas del Redentor y de sus discípulos de una ejecución difícil (1). Cobijala un

(a) No hace muchos días que oí de boca de un insigne escultor español encarecidos elogios de la belleza, no ya relativa sino absoluta, de esta sagrada efigie, dolorosamente maltratada en la parte posterior de la cabeza por esos inconscientes aunque punibles iconoclastas de todo país y tiempo.

(1) Á uno y otro lado de la mesa hay dos figuras de mujer, de rodillas, la una cortando pan y la otra sirviendo un plato.

doselete corrido, ó conjunto de doseletes, que en su interior figuran una bóveda gótica completa; y sobre ellos en la segunda compartición hay la imagen del Padre Eterno, mayor que las demás, que sostiene á Jesús crucificado, y á cada lado tres ángeles que le adoran.

¿Qué significan en las casas del Señor esas portadas greco-romanas, en que los órdenes hacen alarde de sus columnas y compiten en los cuerpos sobrepuestos? ¿Qué dicen al alma cristiana esos grotescos, esos recargados festones, las sirenas deshonestas, los ángeles desnudos ó apenas cubiertos, con más semejanza de genios de los idólatras que de espíritus de luz, las estatuas de los santos, afectadas, amaneradas, ajenas de toda inspiración y carácter, las cuales sólo de santas tienen el nombre de los siervos de Dios á quienes representan? No queremos hablar de la belleza ni de la ejecución, porque es harto sabido que de una y otra los artifices de la Edad-media dejaron señalados y tal vez únicos modelos á los *maestros* de nuestros días: hablamos del espíritu de las concepciones, de la armonía de las formas con el objeto y los sentimientos. Si la tradición en las del arte sagrado es lo que da carácter y concilia veneración á las imágenes, si hasta los gentiles no se atrevieron á adulterar los tipos de sus falsos é impuros dioses, ¿por qué se ha roto la tradición gótica, única que conservaba las formas materiales con que desde los principios de la Iglesia los fieles adoraron al Redentor, á su Madre y á los santos del paraíso? ¿Por qué se abandonó aquella arquitectura, tipo é hija de los tiempos en que más puro ardió el fervor cristiano, consagrada por los siglos y por la veneración de nuestros padres, y verdadera y exclusivamente cristiana? Ella en ninguna de sus partes desmintió la elevación de su destino, ni alteró la armónica impresión de su todo; y en los solos ingresos mostró cuanto sabía hablar un lenguaje religioso y sublime al alma de los fieles. Las puertas profundas y alfeizadas llevaban imágenes de los apóstoles, que levantándose grandes y severas á uno y otro lado,

eran otros tantos testimonios que acusaban la disposición de espíritu del que entraba: dentro del arco, el juicio universal recordaba que en la fin del mundo serán públicas las faltas que pasaron en la sombra del misterio, aun las que no salieron fuera del corazón; y mientras esta representación terrible convidaba al arrepentimiento, la Virgen, bella y dulce, ofreciase en medio del ingreso como la estrella de esperanza; y en el centro de tantos objetos sagrados los ojos bajábanse devotos ante el mayor de los misterios. Así al entrar en el templo, todo movía al cristiano á prepararse para visitar dignamente la casa del Altísimo, y á deponer en los umbrales todo pensamiento profano, toda ambición, todo odio.

Este efecto produce todavía la Puerta del Mirador en quien busca en la religión la primera fuente de lo bello. Mas no recuerda ella el Dios de justicia ni las iras celestiales: dulce y delicada, convida á la contemplación y á la esperanza; la beatitud más inefable resplandece en el coro de sus ángeles; y bien que las efigies de los apóstoles muestran una calma severa en sus rostros, sobre el dintel la Cena recuerda el mayor de los actos de amor de Jesucristo antes de padecer por los hombres, la estatua de su Madre llama á sí con una expresión de suavidad afectuosísima, y aquellas ojivas, aquellos pilares y remates piramidales se armonizan con tanta gracia, que es imposible al gozarlos no sentirse inundado de serenidad y ternura.

Su misma situación favorece este buen efecto arquitectónico: enfrente del terraplén, sobre el cual está erigida, el Mediterráneo baña las playas deliciosas de la bahía, y el terso cristal de las aguas refleja con amor los tonos pardos de sus esculturas. Y si de repente el cielo se oscurece y la tempestad rompe y agita la superficie del mar, ve entonces, peregrino-artista, á contemplarla. La lluvia, azotada por el viento, vela aquellas formas, en las cuales finge movimiento; cerca y á lo lejos mar y cielo no forman sino una masa cenicienta, en medio de la cual ella hace resaltar el colorido que le dieron los siglos; á sus pies

revientan las olas y medio la ocultan con el vapor de sus espumas; su estrépito y los mugidos de la tormenta comunican cierto horror al sitio y al alma; y cuando todo en derredor se desencadena y estremece, place reposar los ojos en aquella fábrica siempre suave, siempre quieta. Tal un sonido de flauta se eleva amoroso y suplicante entre el murmullo de los demás instrumentos: así por entre las grietas de los nubarrones apiñados asoma á veces el color del cielo. Y al serenarse éste, al romper las nubes un primer rayo de sol, que disipando la niebla restituye su verdor á las orillas y su azul á las aguas, es ella sola un himno de amor al Omnipotente, y diríase que canta la inmensa sonrisa de la naturaleza.

Cuenta la tradición, y algunos cronistas lo afirman, que en la tormenta de la travesía el rey D. Jaime oró arrodillado en la popa de su galera, hizo á la Reina del cielo voto solemne de erigirle iglesia en Mallorca, y que por esto apenas conquistada Palma, su construcción fué uno de sus primeros cuidados. Mas este poético origen de la catedral mallorquina es sin duda otra de las amables y piadosas anécdotas con que las generaciones pasadas honraron y enriquecieron la memoria de los héroes de nuestros anales: el rey, al referir en su crónica su oración cuando la tempestad, no menciona aquel voto; fray Pedro Marsilio, su traductor y explanador latino, en cuya piedad no cabe sospecha, también lo calla; y aunque no lo hiciera, era D. Jaime harto buen guerrero de la Cruz para que dejase de celebrar su triunfo con la realización de aquella idea, primer móvil de las empresas contra los moros.

Comenzóse, pues, la fábrica en 1230: pero ninguna memoria queda del artífice que dió la traza del presbiterio ó Capilla Real, por donde se empezó; descuido sobradamente común y

perdonable en estos reinos de Aragón y en aquellos tiempos guerreros y cristianos, en que la creación de una obra artística era el cumplimiento de los deseos de todo un pueblo ó de una obligación religiosa (1). A un incendio acaecido en aquel mismo año se ha atribuído la falta de códices: nosotros no creemos que ya en seguida se estableciese archivo, ni aun cuando se estableciera podía la obra en el corto espacio de algunos meses suministrar gran copia de documentos, mayormente en aquellos siglos en que tan remisos anduvieron gran parte de los archivos en trasladar á la posteridad los nombres de los artífices. Los libros de cargo y data de la fábrica no debieron de existir con la claridad y buen arreglo indispensables para archivados hasta que el cabildo, tomando á su cuenta la obra, estableció la comisión eclesiástica que, con el título de *obreros*, puso oficina y abrió registro constante de los trabajos. Si algún incendio han padecido los códices de aquel archivo, fué indudablemente muy posterior á los comienzos del edificio; y harto habremos de explorar en las lagunas que se nos ofrecerán en la serie de estas noticias.

Cuando la tercera venida del rey á Mallorca en 1232, según asegura Miedes, estaba la Capilla Real, si no concluída, tan adelantada, que D. Jaime dijo no haber visto otra igual, y en ella dió gracias á Dios de sus prosperidades: rapidez singu-

(1) En las adiciones al capítulo 10, sección 2.ª, de la obra de Llaguno *Noticias de los arquitectos y arquitectura de España*, D. Juan Agustín Cean Bermúdez dice acerca de la catedral de Palma: «Hay motivos justos para creer que haya sido el arquitecto de esta gran obra uno de los famosos de Pisa, que tanto ennoblecieron la arquitectura gótico-germánica en su país.»—Sentimos que Cean Bermúdez no indicase cuáles fuesen esos motivos, y pues los calló, bien puede dudarse de su existencia y atender á las consideraciones que prueban lo contrario. Si el rey D. Jaime no traía ya en su armada el artífice, tampoco la premura del tiempo le debió de permitir que mandase por uno famoso de tierra extraña, y más fácil y obvio era escogerlo entre los que entonces honraron sus propios estados y la Provenza. El estilo gótico jamás alcanzó en Pisa ni en la mayor parte de Italia la pureza que en Alemania, Francia y Cataluña; y precisamente el de la Capilla Real compete con el de los mejores monumentos de esta provincia y de aquellas dos naciones.

lar, casi única, la de perfeccionar aquella obra en tan corto espacio de tiempo (a). Sea como fuere, ella fué digna de la magnanimidad del rey D. Jaime; y al contemplar la gentil disposición de sus partes y la grandiosidad de sus molduras, bien se conoce que un gran monarca la fundó y con su magnificencia estimuló el ingenio del artífice (1). Así después de su muerte no corres-

(a) Nadie, antes del diligente P. Villanueva, puso en claro ni apenas sospechó que se estableciera desde luego la catedral en la principal mezquita sarracena, según frecuente costumbre en las ciudades tomadas á los infieles, ni menos que se fuese transformando ésta paulatinamente en templo, conforme adelantaban las nuevas obras, tan diferentes en estilo y proporciones de las arábicas. *Aljema*, que á menudo es sinónimo de mezquita, apellídase en el Repartimiento la *Seo episcopal*, sin referirse á ninguna de las seis ó siete nombradas en otros pasajes del libro; y me llamaron ya la atención (*Conquista de Mallorca*, p. 495, nota 3.ª) las calles mencionadas á mediodía y al sudoeste de aquella, cuyo solar absorbería luego el tardío ensanche de la vasta basilica. Después de citar el sabio dominico dos mezquitas más, cedidas por el primer obispo á raíz de la conquista, una titulada de San Víctor, la otra de San Salvador, entra á ocuparse de la situada dentro del barrio de la Almudayna, y prueba que es la misma que Jaime I dejó erigida en iglesia á Santa María en 1230, y que por partes se deshizo para hacer lugar á la grandiosa construcción que iban desarrollando nuestros artífices. «A fin de borrar, dice un acuerdo del cabildo presidido por el obispo Cima en 30 de Abril de 1386 que cita el autor textualmente, la vieja fábrica de la mezquita donde se honraba un tiempo el execrable nombre de Mahoma, y de asentar en su marcado sitio el coro puesto aún debajo de los restos de aquella, se ha pensado en echar los cimientos de los pilares de cada lado de la iglesia, y elevarlos á la altura de los ya concluídos, según la traza con gran decoro concebida y empezada, para edificar sobre ellos tres bóvedas, una superior y dos medianas ó inferiores, á continuación de las otras cerradas ya con sus dos claves.» De aquí deduce Villanueva que la longitud de la mezquita comprendía el espacio desde la cabecera del templo hasta la mitad del coro, y todavía quedaban rastros de ella en 1412, año XVIII del pontificado de Pedro de Luna, quien en una bula se explicaba en los siguientes términos: *Cum ecclesia ipsa adhuc sub officinis damnatae Sarracenorum mesquite, que ibi erat fundata, existit*. Sólo así se explica que habiendo marchado con tanta lentitud la fábrica de la catedral durante el siglo XIII y casi todo el XIV, ofreciera el desahogo bastante para el culto ordinario y hasta para grandes solemnidades, si no hubiera contado interinamente con el de la mezquita, aunque para coadunar y cerrar en un mismo ámbito lo naciente con lo caduco, á pesar de tanta diversidad por lo menos de elevación y de anchura, hubieron de vencerse obstáculos y emplearse enormes muros provisionales.

(1) D. Bernardo Oleza costeó las estatuas de esta capilla (a). Véase la carta de

(a) Es muy dudoso que el rey conquistador, no ya á su tercera venida en 1232, sino á la cuarta y última en 1269, viese terminada la capilla real, y no lo es menos que daten de la misma época, en que las bóvedas de ésta se cerraron, los ángeles en cuyos doseletes de crestería estriban los arcos, pues respira su gentileza no sé qué proximidad al siglo XV, poco acorde con la ruda y sobria gravedad del XIII. Confirma estas dudas la noticia, que interin no aparezca documento positivo se deja bajo la fe de Mut (lib. VII, cap. 19), de haber sido

pondieron las naves á la suntuosidad del presbiterio; y desgraciadamente las desavenencias de los dos hermanos D. Pedro de Aragón *el Grande* y D. Jaime II de Mallorca trajeron la primera interrupción de los trabajos, que ya no volvieron á correr por cuenta de la sola corona. Supónese que quedaba entonces construída la primera bóveda de la nave mayor; y es bien probable que así fuese, pues que, á poco de haber muerto en 1266 el primer obispo D. Ramón de Torrella ó Torruella, el presbítero Bernardo Coscoyl le costeaba sepulcro en la capilla de San Mateo, hoy de *Corpus Christi*, contigua al presbiterio (a). Mas también debíase de proseguir la construcción en las capillas, en algunas de las cuales se habían fundado varios beneficios; y no hay duda de que ya existía entonces fuera del templo el primer cuerpo de la torre de campanas, pues que á 9 de Agosto de 1273 el segundo obispo D. Pedro Mora ó Morey fundó debajo de ella en la capilla de Todos los Santos el beneficio de este nombre y una escolanía.

Con la paz celebrada entre D. Jaime de Aragón *el Justo* y el de Mallorca, al fin pudo éste regresar á sus estados; y de esa venida hubo de reportar gran ventaja la continuación de las obras. El rey traía de Rosellón buenos artífices para convertir en palacio el antiguo alcázar de la Almudayna; y los que decoraron con pinturas y relieves las regias cámaras y edificaron el excelente oratorio de Santa Ana, bien pudieron entender en la

Jovellanos sobre aquella catedral y las notas que le puso D. Antonio Furió refiriéndose al cronista Mut.

(a) No fué á poco de haber muerto el primer obispo, sino un siglo después poco más ó menos, cuando le hizo labrar dicho sepulcro el presbítero Coscoyl, como del letrero se deduce y de las labores y gusto del monumento, como observa muy bien Villanueva, quien ha averiguado además que en 1385 el reterido sacerdote fundó en el mismo altar otro beneficio.

costeados por un Oleza, familia que hasta fines del XIV no comienza á figurar en ilustres cargos, coexistiendo ó sucediendo *micer* Bernardo, jurado ciudadano en 1413, con *mossén* Pablo uno de los señalados fundadores de la Cartuja hacia 1405, y con el *senyer* Jaime canónigo fabriquero en 1406, como se verá luego. Pudieron labrarse con los muros y bóvedas los doseletes y las repisas, y dejar vacío el puesto para las estatuas que más adelante se colocaron, y así se concilia con la unidad de la obra la diferencia de los tiempos.

construcción de la iglesia. El archivo de ésta no ha conservado sus nombres; pero al escultor perpiñanés Francisco Camprodón, que trabajó en el palacio y fundió el ángel de bronce para el homenaje, le cupo la fortuna de que durase su apellido en otro escultor de la catedral, sin duda descendiente suyo.

Mas ya no podía el real erario subvenir á todos los gastos de aquella fábrica grandiosa, y el celo de los prelados hubo de excitar el de los particulares. Recogieron limosnas por toda la isla; obligóse al clero á despojarse del producto de sus prebendas al entrar en su goce; se halagó la vanidad de los poderosos con permitirles esculpir sus blasones en los trozos de fábrica que costeaban; y los opulentos llegaron á comprar por mil libras (1) el permiso de poner sus armas en una clave de la nave mayor, ó por quinientas en una de las menores: por lo cual, como dice Jovellanos, «—se verá que si no procedía esta limosna de un afecto puro y sincero encaminado á la honra y gloria del Señor, pagaban bien cara su vanidad los que se desprendían de ella sin mirar otro objeto que á Dios.» Entre aquellos celosos prelados la historia de la arquitectura siempre mencionará con alabanza los nombres de D. Berenguer Batlle séptimo obispo, y de D. Pedro de Cima décimo, grandes promovedores de la fábrica. Y pues ya antes de ellos se habían nombrado individuos del clero que con la denominación de *obreros* cuidasen de los trabajos y de la administración de las rentas á ellos destinadas, entonces debió de abrirse aquella larga serie de registros de cargo y data, en los cuales, sin otra intención que la de atender á la parte administrativa, los buenos clérigos que los escribían transmitieron á la posteridad los nombres de casi todos los artífices, que en lo sucesivo trabajaron en la catedral hasta concluirla.

Los tratados y diplomas recónditos en los archivos nacionales esclarecen hechos de personajes ya casi siempre célebres en

(1) 13,287 reales y 6 maravedises vellón, cantidad muy crecida para entonces.

la historia, que desempeñaron un gran papel en los acontecimientos de su época, cuyos nombres y vida á todos son notorios. El poeta anticuario, que guiado de la llama de su amor á lo pasado desentierra de entre los polvorosos códices muertas memorias, se sentirá poseído de una noble satisfacción ó de entusiasmo, si alcanza á aclarar un punto heroico y obscuro, ó hace revivir una escena de las muchas en que nuestros antepasados hicieron muestra de su magnificencia.—Nosotros al acercarnos entre la duda y la esperanza á las estancias del archivo de un cabildo, al dar con los libros *de obra*, que por puro desprecio han atravesado los siglos, olvidados, arrinconados, revueltos y carcomidos, sentimos un estremecimiento profundo, y con amor bien como filial buscamos entre las largas cuentas los nombres de los maestros, que publicamos con tanto orgullo como el historiador y el poeta anticuario los de sus altos personajes. A ellos no les ha eternizado la historia: sus apellidos, humildes y oscuros, no se honraron sino con los modestos títulos de *aparejadores* y *escultores*; trabajaron en la ejecución de los proyectos más sublimes, cual si cumpliesen con un deber sencillo y evidente, cual si diesen cima á una empresa fácil, sin ostentación, sin condecoraciones ni públicas recompensas, al sueldo de unos clérigos administradores: ni las fechas de su muerte se saben, y después de muertos ¿qué honras se les hicieron? ¿qué lápidas sepulcrales se les dedicaron? Y como quiera que para nosotros el arte gótico sea el arte cristiano y aun si se quiere el arte por excelencia, y miremos como verdaderos artistas á los antiguos maestros, que con la fe y el entusiasmo en su corazón cooperaron al desarrollo y perfeccionamiento del tipo tradicional de la belleza que se perdió con la muerte de aquel género, no sin una gran conmoción ponemos la mano en los códices de Mallorca, precioso depósito de datos artísticos para la historia de aquella iglesia (1).

(1) La generosa acogida que merecimos á la bondad de aquel cabildo, no nos permite pasarla por alto sin caer en la nota de ingratos; y nosotros encontramos

El más antiguo, que asciende al año 1327, no menciona de una manera precisa y clara cuál fuese el arquitecto; y al leer la multitud de obras secundarias que se ejecutaban, diríase que ya estaba acabada gran parte de la fábrica, pues que sólo se trabajaba en su perfeccionamiento. El calígrafo *Faime Desprats* escribía para el cabildo un libro que después iluminaba el clérigo *Vicente Roure*: *Bernardo Desvilar* fabricaba un púlpito de madera, ponía postigos en algunas ventanas de la habitación de los monacillos, hacía armarios para la sacristía, y entre otras obras dos bancos para entrambos lados del altar mayor. En el siguiente año de 1328, por Julio comenzaban los pintores á estofar de ramos de oro las tablas que habían de sostener el cortinaje ó los tapices, y el obrero compraba materiales para pintar, entre ellos 1300 láminas ú hojuelas de plata, que costaron á 5 sueldos cada ciento, y 11 libras de color azul. Eran los pintores *Martín Mayol* y su discípulo Juan; *Bernardo Desjous* ó *Destous*, *Guillermo Scarserdón*, *Faime Pelic*, *Francisco Albarreda* y *Lorenzo Safont*, todos, excepto el Scarserdón, de apellido catalán. Pero el buen obrero no detalló cuáles fuesen sus obras; y solo á otro llamado con el extranjero apellido de *Loert* le cupo la suerte de que se conservase la noticia de algunas de las suyas. Aquel año pintó el retablo de la capilla de *Corpus Christi*, en cuyo lugar hoy se ve un altar moderno (a); y por

suma satisfacción en publicar cuánta confianza nos dispensaron los señores archiveros D. Juan (a) Armengual canónigo, y D. Miguel Peña presbítero, que nos permitieron registrar minuciosamente aquellos preciosos armarios con la más cumplida libertad, á solas y á todas horas.

(a) Notabilísimo por cierto en su género barroco, y cuajado hasta el techo de grandes figuras que representan de relieve entero en el cuerpo principal la Cena del Señor y en el segundo la Presentación de Jesús en el templo. En la misma capilla de *Corpus Christi* estaba el altar de San Mateo, cuyo sin duda es el curioso retablo que se conserva en la sacristía de *Vermells*, en el piso bajo de la casa de la Almoyna, con toscas pinturas de la historia del santo apóstol al rededor de su figura acompañada de la de san Francisco.

(a) José y no Juan era el nombre de este distinguido capitular, estimable orador y escritor, y gobernador de la mitra vacante en 1847.